

CON LA ALIMENTACIÓN INFANTIL NO SE NEGOCIA: UN ANÁLISIS SOBRE LA LACTANCIA

Julia Cañero Ruiz (Antropóloga Social y Cultural)

juliacanero@gmail.com

Estamos rectificando. Hace años, en pleno inicio de una sociedad capitalista y tecnocrática, donde cualquier cosa puede convertirse en negocio, se volvió lucrativo dar de comer a nuestros hijos e hijas. La leche artificial comenzó a venderse como el mejor de los productos para que el niño o la niña engordase de tal manera que en la próxima revisión, la pediatra, esa persona estudiosa financiada por las mismas marcas que vendían la leche, no le embroncara por no estar su bebé dentro del percentil correspondiente. Las mentiras que afectan a nuestra salud, como la vacuna contra la ficticia “Gripe A”, nos calan profundo y las creemos al instante, pues queda el mundo de la medicina relegado para los expertos y fuera de nuestro entendimiento. Mentiras que se permiten incluso hacer aberrante la forma natural de alimentar a los infantes. Eso pasó con la lactancia materna. Por lo visto somos el único mamífero que encuentra infinitud de problemas a la hora de amamantar: el bebé no se agarra bien, no tengo leche, mi leche no sirve, mi leche no engorda, etc. Algunas de estas premisas simplemente son mentira y otras son producto de una mala gestión del posparto inmediato. Si bien la tecnología ha hecho grandes avances y la leche artificial puede salvar vidas de niños y niñas sin madre biológica o con madres que tengan una verdadera enfermedad que impida dar el pecho, hemos de tener en cuenta que la mayoría de los productos tecnológicos son una reproducción de lo que ya nos ofrece la naturaleza. Nos movemos y podemos andar, pero inventamos la silla de ruedas para quienes por alguna circunstancia no pueden desplazarse de forma natural. Pero ¿qué pasaría si se pusiera de moda ir en silla de ruedas, si nos dijeren que es mejor porque así llegaríamos antes a los sitios sin cansarnos, si por una pequeña herida en la rodilla fuésemos en silla de por vida, si nos recomendase el médico que como no sabemos andar con la espalda bien recta es mejor ir sentados? ¿qué pasaría si dejásemos de andar? La leche materna tiene, de forma natural, la composición adecuada para nuestros hijos. La tecnología debe ayudar, no sustituir. Sin embargo, ante esas cajas de leche en polvo tan coloridas y anunciadas, el amamantamiento se ha convertido para algunas mujeres en un acto arcaico, quedando relegado a las clases más bajas, debido en parte al elevado coste de la leche de fórmula y a una transmisión intergeneracional más fuerte. Aunque con el tiempo hasta estos grupos han tenido acceso a la leche artificial gracias a ayudas económicas del Estado para la alimentación infantil (en lugar de fomentar la lactancia materna) y a cierta ruptura con sus “mayores”. A pesar de una afluencia masiva al biberón siguen siendo una gran mayoría las madres que optaron por el pecho, sin embargo, éstas se encontraron de repente bajo las reglas sociales y médicas aplicadas a la lactancia artificial, y acababan fracasando o reduciendo su tiempo de lactancia a tres meses. Para tranquilizar a estas madres, las casas empezaron a ponerles apellidos a la leche artificial como “maternizada”, calificativo que prohibió tajantemente la Organización Mundial de la Salud, al igual que lo hizo con los anuncios en los medios de comunicación sobre los sucedáneos de leche, biberones y tetinas. Estas prohibiciones quedaron patentes en el Código de Comercialización de Sucédáneos de Leche Materna, el año 1981, para proteger y fomentar el amamantamiento. Pero el daño ya estaba hecho. Cuando algo cala en una sociedad, se reproduce e inserta en lo más profundo de su subconsciente. Hasta el punto de que la gente no sabe por qué es así, pero está en la certeza más absoluta de su veracidad. Incluso haciendo un recorrido por las series y películas que vemos, que pretenden ser reflejo de nuestra sociedad, todos los bebés salen acompañados de un biberón. Cuando, en realidad, un bebé con lactancia exclusiva hasta los seis meses no tiene por qué saber nunca lo que es un biberón. Sólo salen dando el pecho mujeres de tribus africanas con las tetas al aire. Ahora los profesionales comienzan a recular: recomiendan por unanimidad la leche materna y proclaman su importancia, demostrada científicamente, ponen carteles de bebés mamando y de cómo obtener una buena posición al pecho en todas las salas de obstetricia, escriben los consejos de la OMS sobre lactancia exclusiva hasta los seis meses y como alimento principal hasta el año en el documento de salud infantil, etc. La lactancia tiene infinitud de beneficios, entre otros: es el alimento mejor adaptado al bebé (en composición, sabor, textura, temperatura y cantidad),

refuerza el sistema inmunitario, protege de infecciones y alergias, previene la obesidad y la malnutrición, reduce el riesgo de muerte súbita, protege contra la diabetes, la meningitis, y otras enfermedades, disminuye la presencia de cólicos del lactante, los gases y mejora su flora intestinal, estos bebés suelen aceptar mejor la posterior alimentación complementaria, los ayuda a dormir y consigue que madre e hijo duerman mejor en los “despertares nocturnos”, el pecho es fuente de contacto con la madre y eso significa afectividad, protección, tranquilidad y aprendizaje, es la mejor fuente de consuelo, la madre se recupera antes del parto y se disminuye el riesgo de cáncer de mama, reduce la posibilidad de una depresión posparto y aumenta la autoestima, además también es barato, cómodo y limpio. Ahora se intenta convencer a madres y padres de todo esto, pero ya es demasiado tarde, la mentira ha hecho mella en el subconsciente popular. Además no se nos puede olvidar que la gratuidad y dificultad para ser negocio de la lactancia materna hace que sea imposible una campaña publicitaria al estilo de las grandes marcas de leche artificial, pues su único beneficio sería la salud de las personas del futuro, y eso no vende. Muchas mujeres quedan maravilladas por los grandes anuncios (ahora prohibidos) y miran con cierto recelo aquello que es gratuito, como si fuera de peor calidad.

Has tenido un bebé. Seguramente tu abuela y tu madre (y la tía, la vecina, la panadera, una desconocida que encuentras por la calle -tristemente la mayoría de los hombres directamente no opinan sobre el tema- e incluso la pediatra) te habrán dicho sin descanso, si el bebé está muy grande: “¿y así de grande está sólo con la teta?” Y si es algo más pequeño: “deberías darle ya biberón, que parece que tu leche no le alimenta”. Parece que desconfían totalmente de la fuerza alimenticia de la leche materna. Parece que lo más raro es amamantar. Parece que creen que la leche del pecho se acaba de repente, o que no llega nunca. Jamás te dirán: “el niño está muy delgado, ¿por qué no le das más teta?”

Y, ¿cuáles son la mayoría de las veces los motivos, a parte de la presión social y la desinformación, para rechazar desde un comienzo la lactancia? Algunas mujeres simplemente no quieren modificar su figura, otras quieren tener más libertad o creen ser más modernas por no dar el pecho. En primer lugar, la figura se recupera mucho antes si se amamanta, si no que cuentan esas madres cómo sienten los entuertos cada vez que se ponen al niño en la teta los primeros días. En segundo lugar, la modernidad no es ir en contra de la naturaleza, es crear herramientas que nos hagan más fácil la vida y, dígame amante del biberón: cuando a su hijo le entra hambre por la calle y tiene que llevar el biberón en la bolsa, previamente preparado en casa, calculando las cantidades, buscar un sitio donde lo calienten o llevar los polvos y un enorme termo de agua, guardar si no se lo toma todo... ¿no resulta más fácil (y económico) sentarse en un banco, abrirse uno de esos enormes sujetadores de lactancia (pues son escasos los modelos a elegir, no se puede decir lo mismo de los utensilios para biberones) y sacarse un pecho? tiene además la cantidad exacta de leche que necesita el bebé, de eso ya se encarga él. Eso sí, debemos lidiar con algunas miradas recriminatorias que te consideran poco menos que una exhibicionista por sacarte un pecho en plena calle, si es que no te invitan amablemente a marchar de algún establecimiento por poder herir la sensibilidad de la clientela mientras en su escaparate hay fotografías de mujeres esqueléticas semidesnudas. Respecto a la libertad, como bien dice Carlos González en uno de sus libros, piense qué cosas le quitan libertad a lo largo del día. Quizás preferiría no ir al trabajo, no lavar los platos, no planchar, no hacer la compra, no hacer la comida, no limpiar la casa, pero no le importaría echarse un rato con su hijo para darle el pecho, pues parece que es lo más placentero de toda la lista anterior. Pero curiosamente solemos considerar que sólo esto último nos quita libertad, ¿por qué? ¿mejor darle el biberón para que lo pueda hacer cualquiera? Hay muchas cosas que puede hacer, por ejemplo, el padre, mientras la madre hace otras actividades: todo lo que no sea amamantar, que ya es bastante. Pero sobre todo se deben buscar los motivos para la lactancia en lo que sea mejor para el bebé, no para la madre, que es adulta y ya hizo su elección quedándose embarazada. Sobre todo después de quedar ampliamente demostrados los beneficios de la leche materna, hasta el punto de convertirse la moda del biberón en una gran preocupación para la Organización Mundial de la Salud

y para los profesionales de la salud. La compañera de habitación del hospital donde tuve el niño había decidido no dar el pecho. Su hija recién nacida buscaba desesperadamente la teta sobre el camión de la madre, y toda la familia decía: mira qué graciosa, cómo busca. Para después meterle en la boca un artefacto de plástico. Lejos de ser algo gracioso, resulta bastante triste y vergonzoso.

Pero también están las madres que sí quisieron dar pecho y no pudieron. Los motivos: les dijeron que no tenían leche o que su leche no era buena porque su bebé perdió peso en la primera semana, otras creyeron que a los tres meses se habían quedado sin leche porque notaban sus pechos vacíos y el niño o niña quería más, otras tuvieron que dejarlo porque era muy doloroso, otras que creyeron que su hijo o hija se quedaba con hambre porque lloraba después de tomar el pecho y comenzaron a complementarlo con biberones hasta que el pecho cada vez producía menos y al final el bebé se quedaba con hambre de verdad, etc. Madres sintiéndose culpables. Nadie les habló de que la primera semana es normal que los bebés pierdan peso y lo bueno (y suficiente) que es el calostro. Nadie les dijo que cuanto más se les pone a la teta, más se produce, y que, si se le da un biberón, disminuye la cantidad de leche materna (porque el bebé necesita menos). Ni les hablaron sobre la “crisis” de los tres meses y de cómo la cantidad de leche se autorregula a la demanda del bebé y siempre es suficiente si se hace bien. Madres a las que no les pusieron el bebé en contacto piel con piel para facilitar el agarre, ni le ayudaron a tener una buena posición que evite las grietas, o le dieron el chupete o biberón al nacer (una forma muy diferente de “succionar” que los puede confundir y fomentar el mal agarre). Menos mal que hay grupos de madres lactantes. La emoción fluye en estos grupos hasta el punto de haber visto llorar a algunas mujeres. Porque amamantar es realmente importante para muchas y lo viven como un fracaso en un entorno que las culpabiliza. Llorar de pena, porque le dieron un biberón al recién nacido y ya no quiso pecho, porque no se agarraba bien, porque perdía peso... Pero también de alegría, cuando incluso con algunos meses se ha conseguido la relactación, a veces gracias a una pequeña sonda que se pega al pezón para que el niño lo estimule mientras come. Y se puede.

En el mundo de los bebés hay muchas opciones: porteo o carrito, colecho o cuna, diferentes concepciones sobre la educación, pero la lactancia no debería ser una opción. Me sorprendí cuando tuve que señalar una casilla en el documento de salud de la embarazada aceptando dar el pecho. ¿Pero es una opción? pregunté ingenua. Cada vez hay más profesionales que intentan convencer de la importancia de la lactancia, aunque luego no se pongan de acuerdo sobre la frecuencia y el tiempo de las tomas o sobre su duración. Incluso aunque se haya comprobado que se ha de dar a demanda, exclusivo hasta los seis meses y si se puede hasta los dos años (según la OMS), muchos pediatras prefieren hacer caso omiso y seguir con sus fantásticas tres horas de reloj adulto (porque el bebé desconoce las horas y más su estómago) y su fruta y cereales a los cuatro meses. Con lo bien que estaríamos las madres sin tantas normas. “El día que abandoné el reloj, mi hijo y yo fuimos felices, los dos dejamos de llorar”, me dijo una madre. Pero eso nadie se lo había contado. A mí tampoco. No había nadie en mi habitación tras el parto viendo si el bebé se había agarrado bien o explicándome qué es eso de “a demanda”. Pero sí le llevaron las pastillas que evitan la subida de la leche a mi compañera. Tuve que enterarme de todo esto en un grupo de apoyo a la lactancia y leyendo algunos libros de pediatras pro lactancia, pues, aunque resulte triste, los y las pediatras tienen visiones tan diferentes que en ocasiones parecen provenir más de la superchería que de la ciencia. Si bien la medicina no es una ciencia exacta, no deberían ser tan dispares -e incluso contradictorias- las visiones de los profesionales de la salud, pues la mayoría de las veces dejamos todo en sus manos y acatamos en silencio sus normas. O quizás deberíamos no ser tan confiadas y aprender un poquito más -en este caso desaprender- y ver cómo nuestras abuelas (o bisabuelas, porque a muchas abuelas ya las engañaron) dieron el pecho hasta los cuatro años o más y a una buena prole. Quizás también podríamos dejar a un lado nuestro etnocentrismo y nos daríamos cuenta de que somos la única cultura (occidental) que desteta tan pronto o que directamente no amamanta. La famosa leche de continuación no es necesaria si se da el pecho hasta los dos años (y sigue siendo poco tiempo si comparamos con otras culturas). Muchas veces lo que creemos normal

sólo es producto de una sociedad, por ejemplo, los bebés chinos no saben lo que es un chupete. Analizando otras culturas nos damos cuenta de cómo se producen las costumbres y, en este caso, de qué intereses hay detrás de crear o potenciar una costumbre en concreto. Nuestra sociedad es capaz de hacer que el conocimiento popular se transforme a ritmo de la necesidad de mercado, todo un reto para la antropología. En ocasiones importamos esta idea a otros países y otras culturas, que lejos de solventar necesidades, las crea, y a veces incluso crea patologías. Es increíble la cantidad de niños y niñas (millón y medio al año según UNICEF) que han muerto debido a las partidas de leche en polvo que se envían “solidariamente” -para luego pasar a ser negocio de las grandes multinacionales- a muchos pueblos de África. La leche artificial no contiene los anticuerpos de la leche materna, tiene un precio elevado y por ello es ampliamente diluida potenciando la desnutrición, el agua puede estar en mal estado, el biberón mal desinfectado, no hay medios de conservación, etc. Como decía al principio, alimentar a nuestros hijos e hijas ha pasado a ser un negocio que, gracias a la publicidad de multinacionales como Nestle, ha conseguido desterrar ideas sencillas y naturales como la lactancia materna, incluso en países donde es un requisito casi imprescindible para la supervivencia de los bebés. Todo está relacionado. Seamos personas críticas y preguntémos el porqué.